

ideas absurdas y groseras que la preocupacion se forma de él; y os penetraréis de cuan glorioso es para Dios, y saludable para el hombre. Cristianos entónces por las obras, no ménos que por la fe, haréis homenaje á Jesucristo de los afectos de vuestro corazon, y de la sumision de vuestro espíritu; respetaréis en él al mediador, al Salvador del mundo, y repetiréis con los espíritus celestiales: „Gloria á Dios por Jesucristo; y por él, paz en la tierra á los hombres de „buena voluntad.”

---



---

SOBRE

**LAS PROFECIAS.**

---

**Y**A os hemos hablado, señores, de la nacion hebrea, á quién Moises dió leyes tan admirables por su duracion como por su sabiduría; ya os hemos recordado los innumerables prodigios de que está llena su historia, y procurado manifestaros cuanto presentan de extraordinario y verdaderamente singular, su carácter, sus costumbres, su gobierno y su posicion en medio de los demas pueblos del mundo. Hoy nos proponemos considerar á este pueblo bajo de un nuevo punto de vista que acabará de daros á conocer como quiso Dios valerse de él para realizar la ejecucion de sus designios eternos, y preparar muy de antemano el camino á la religion santa que habia resuelto establecer en la tierra. Era poco para la bondad del Señor haber salvado del olvido la memoria de lo pa-

sado, mandando á su siervo Moises describir el origen de las cosas, y asegurar por medio de un monumento duradero el depósito de las tradiciones primitivas. Era poco tambien proveer á las necesidades presentes de su pueblo querido, y conducirle como de la mano por entre repetidos milagros. Las ideas de salvacion que habia concebido el Altísimo, no debian ceñirse á sola una region ni á un solo pueblo; y aquellos cuidados de una providencia enteramente particular á favor de los hijos de Israel, no eran mas que el preludio y la figura de la grande obra de misericordia que meditaba á favor de todos los hijos de los hombres. Todavía debian pasar siglos enteros hasta que esta grande obra se consumase; pero queriendo marcarla con señales que no pudiesen ser desconocidas, y consolar á lo ménos á la tierra sobre sus males con la esperanza del remedio, suscita de tiempo en tiempo hombres llenos de su espíritu y de sus luces, ante quienes corre el velo de lo porvenir, y les manda vayan á decir á sus hermanos lo que han visto y lo que han oído. Este es el origen de esa numerosa serie de profecías que se hallan en los libros de la ley antigua, donde se puede leer anticipadamente la historia de los sucesos futuros.

Algunas de estas profecías se refieren solo al pueblo judío, ó tal vez á alguna de las ciudades ó naciones sus limítrofes; pero otras, y estas son de las que voy á hablaros, parecen referirse á un solo y único objeto al cual van á parar continuamente, y al que, bajo de todas formas y en todos sus pormenores, presentan como de mayor importancia y de un interes mas universal. Los judíos y los cristianos estan acordados en ver en estos últimos oráculos la promesa de un libertador ó de un Mesías que debia venir en la plenitud de los tiempos, y cuyos beneficios é imperio debian extenderse á todas las naciones. Estos aseguran que aquel augusto personage ha venido ya, y que es Jesus el hijo de Maria, crucificado en Jerusalem hace diez y ocho siglos, y aquellos sostienen al contrario que todavia se le debe esperar. Los incrédulos por su parte pretenden que tanto unos como otros padecen ilusion, y que ningun crédito merecen todas estas profecías. En el choque de tan diferentes opiniones, ¿dónde hallaremos la verdad? Esto es lo que vamos á examinar.

Para dar orden y claridad á esta discusion, la reduciremos á tres cuestiones principales.

Primera: ¿Es cierto que hay en los libros del

antiguo Testamento predicciones que anuncian la venida del Mesías?

Segunda: ¿Es cierto que los caracteres designados de antemano á este incomparable personaje se reúnen en Jesucristo?

Tercera: ¿Es cierto que las dificultades que se oponen á esto carecen de toda solidez?

Tal es el asunto y la division de esta conferencia acerca de la divinidad de la religion cristiana, probada por las profecías.

Es indudable, señores, que uno de los puntos fundamentales de la religion judaica, ha sido en todos tiempos la expectativa de un Mesías; es decir, de un poderoso libertador destinado á reinar sobre todos los pueblos: de esta tradicion se encuentran vestigios muy marcados de siglo en siglo, hasta nosotros, y los autores, tanto judíos como paganos, atestiguan unánimemente que la esperanza del Mesías era general en la época en que Jesucristo apareció en el mundo (1). ¿Pero está verdaderamente fundada en los libros santos una tan antigua y arraigada creencia? Todo hombre de buena fe

(1) Josephus. *De Bello Judaico*. lib. VI, cap. V, n. 4.—Talmud Babyl. *Sanh.* cap. II.—Luc. III, 15.—Joan. I, 19, 20: IV, 25.—Sueton. *in Vespas.* cap. IV.—Tacit. *Histor.* lib. V. cap. XIII.

se convence de ello con la mayor facilidad. Nada hay en efecto mas frecuentemente repetido en los libros del antiguo Testamento, que la promesa de un Mesías bajo de la idea general de un libertador destinado á fundar una nueva alianza. Es verdad sin embargo que esta promesa no está igualmente descifrada en todos los tiempos, ni en todos los profetas: es una luz que tiene su principio y su aumento, pero que no deja de alumbrar en todos los siglos; y aunque al principio solo sea un débil rayo, se extiende y aumenta despues por grados hasta llegar á ser con el tiempo una luz brillante.

Apénas nuestros primeros padres incurren por su rebelion en la desgracia del Criador, cuando ya oyen de la boca de su soberano juez la promesa de un libertador que los rescatará de la esclavitud del demonio. „Yo pondré, dice Dios á la serpiente, enemistades entre tí y „la muger, y entre tu raza y la descendencia „suya; ella quebrantará tu cabeza (1).” El estilo oscuro y figurado de esta profecía, en que el demonio está designado bajo del emblema de una serpiente, puede sin duda alguna dar márgen á bastantes dificultades; y aun se podria

(1) Génesis III, 15.

confesar que si no estuviese aclarada por otras mas modernas, no seria bastante para demostrar rigorosamente la promesa de un redentor. Sin embargo observad, señores, en primer lugar que el sentido de estas palabras misteriosas está claramente determinado por las mas antiguas tradiciones del género humano (1). No solo los judíos sino tambien los mismo paganos, segun confiesa expresamente Boulanger (2), han conservado la tradicion de un libertador todopoderoso que debia traer la salud á los hombres, y reconciliarlos con Dios, y lo mas notable aun es que este enviado de lo alto está figurado en muchas mitologías bajo de la imágen de un Dios hecho hombre, que quebranta la cabeza de una serpiente dañosa al género humano (3). ¿Y de dónde ha podido provenir una tradicion tan general entre tantos pueblos diferentes, sino de la tradicion primitiva que ha explicado la promesa hecha á nuestros primeros padres en el sentido que nosotros le damos? Ademas, por poco atentamente que se examine

(1) Véanse los Targums ó Paráfrasis caldeas.

(2) Boulanger, *Antiquité dévoilée*.

[3] Véase la obra de Faber titulada *Horæ Mosaicae*, sect. I. cap. III. Véase tambien *Essai sur l'Indifférence*, tom. III. cap. XXVII, pág. 400, &c.

el contexto del pasage de que tratamos, verémos vislumbrarse á cada palabra entre el rigor del decreto fatal que en él se contiene, la misericordia que suaviza los golpes de la justicia. En el Dios terrible que maldice, se descubre siempre un padre mas que un juez; se conoce que hiera como á pesar suyo; y que si castiga por el pronto, se reserva perdonar en adelante. El objeto de esta prediccion es visiblemente el de consolar á lo ménos á los culpables en su desgracia, y reanimar su esperanza despues de su caída. Pero hablando de buena fe, ¿los hubiera Dios consolado eficazmente limitándose á anunciarles la enemistad que existiria en lo sucesivo entre el hombre y la serpiente natural? Dad por el contrario á estas palabras divinas el sentido que nosotros les atribuimos conforme á la tradicion mas antigua y universal, y veréis desde luego cumplido el objeto que Dios se propuso, que fué reanimar el valor del hombre caído. Lo ménos que este debió inferir de tal promesa, fué que uno de sus descendientes conseguiria sobre el demonio una victoria asombrosa; que por lo tanto su estado no era desesperado, y que algun día se veria libre de los males que se habia atraído con su desobediencia.

Pero sigamos la larga cadena de profecías, de que esta no es mas que el primer eslabon, y veremos explicarse sucesivamente los designios de la divina misericordia, y adquirir de dia en dia mayor claridad.

Cerca de dos mil años ántes de Jesucristo, cuando todos los pueblos se precipitaban en la idolatría, escoge Dios á Abraham y á toda su familia, para formar de ella una nacion privilegiada, y anuncia á este santo patriarca, no solo que seria padre de un pueblo innumerable, sino que de su descendencia saldria un vástago en quien serian benditas todas las generaciones. „Abandona tu pais, le dice, y vete á la „tierra que te enseñaré, y te haré tronco de un „gran pueblo, y todas las naciones de la tierra „serán benditas en aquel que nacerá de tí (1).” Igual promesa se renovó en los mismos términos á Isaac y á Jacob, descendientes de Abraham (2), é iluminado con nueva luz, el mismo Jacob en el lecho de la muerte señala entre las doce tribus á la de Judá, como la destinada á dar á luz al *deseado de las naciones*. „El ce- „tro, dijo, (es decir la autoridad soberana), no

[1] Génesis XII, 13: XXII, 18.

[2] Génesis XXVI, 3, 4: XXVIII, 13, 14

„será quitado de Judá, ni de su posteridad el „caudillo, hasta que venga el que ha de ser en- „viado, y este será la *esperanza de las naciones* (1).” ¿Y quién no reconoce por esta última señal al personage célebre ya prometido á Abraham, á Isaac y á Jacob, á *aquel en quien todas las naciones debian ser benditas*, al libertador en fin anunciado al hombre culpable desde el origen del mundo?

Bien sé, señores, que embarazados los judíos modernos con esta profecia, que señala con caracteres tan vivos la época exacta de la venida del Mesías, nada han perdonado para eludir su fuerza, y aun para dar al oráculo de Jacob un objeto del todo diferente del que nosotros le atribuimos. Pero sin seguir aquí las discusiones de los eruditos acerca del texto original, lo que no permite el plan de este discurso, ¿no podremos cortar toda la dificultad con una observacion decisiva? Es una cosa indudable que todos los judíos antiguos, tanto ántes de Jesucristo, como durante los primeros siglos del cristianismo, aplicaban al Mesías igualmente que nosotros el oráculo de que ahora se trata. La traduccion de los libros sagrados co-

(1) Génesis XLIX, 10.

nocida bajo del nombre de *Version de los Setenta*, anterior á Jesucristo cerca de trescientos años, las paráfrasis ó comentarios publicados por los judíos despues de la venida de Jesucristo (1), todos los escritos de sus antiguos doctores adoptan (2) unánimemente la explicacion que nosotros damos hoy á esta famosa profecía. ¿Qué deberémos por consiguiente pensar de las interpretaciones sospechosas, ideadas por un pequeño número de doctores modernos, despues de tan larga serie de siglos? ¿No podrémos con fundamento atribuir las únicamente á la necesidad de defender una causa desesperada? ¿Con qué derecho se atreven algunos preciados de sabios en nuestros dias á vanagloriarse de haber penetrado el sentido de las profecías mejor que aquellos intérpretes tan sabios, tan próximos ademas al tiempo en que dejó de ser vulgar la lengua hebrea, y que aun debian poseer en toda su integridad el depósito de las antiguas tradiciones? No olvidemos esta observacion importante, que previene y resuelve anticipadamente la mayor parte de dificultades que nos oponen en el dia los judíos.

(1) Véase en la Poliglota de Inglaterra las paráfrasis de Onkelos, de Jonathan y de Jerusalem.

(2) Thalmud, Gemar. tract. Sanh. cap. II.

Pero á medida que se adelanta en la serie de los tiempos, aparecen mas claras las promesas y mas circunstanciadas. Los libros proféticos sobre todo estan llenos de predicciones, que por confesion de los judíos, tanto antiguos como modernos, no pueden convenir sino al Mesías. En efecto, todas las páginas de estos divinos libros nos anuncian una nueva alianza, que no será particular á los hijos de Jacob, sino que extenderá entre todos los pueblos del mundo el conocimiento y culto del verdadero Dios, y someterá todas las naciones al reinado del Mesías. ¿Con qué magnificencia no se canta este grande suceso en el libro de los Salmos! Muchas veces no pensaba David al empezar aquellos sublimes cánticos, mas que en celebrar la gloria de su hijo Salomon; pero de repente se arrebató, sale de sí mismo é iluminado por una luz celestial, entreve á lo-léjos á aquel de quien Salomon era figura, y pinta la gloria del Mesías con rasgos que es imposible aplicar á ningun otro. No solo ve como Abraham á *todas las naciones de la tierra benditas en este nuevo Rey* (1), sino que contempla con admiracion todos los pueblos sometidos á su imperio, y pos-

(1) Salmo LXXI, 17.

trados á los piés del so'lo Dios verdadero. „En „sus dias felices, dice él (1), florecerá la justi- „cia con la abundancia de la paz, el imperio „del nuevo Rey se extenderá de un mar á otro, „y hasta los últimos confines del mundo. Los „moradores del desierto se postrarán ante él, „y sus enemigos besarán el polvo de sus pies. „Todos los reyes de la tierra le adorarán, y to- „das las naciones le rendirán homenaje.” Otras veces es el mismo Mesías hablando por boca del Profeta, quien anuncia este asombroso suceso, y le presenta como la recompensa de sus trabajos, y el fruto de sus padecimientos. „Yo „os alabaré, Señor, dice él (2), en una solemnidad grande, y en presencia de los que le temen yo cumpliré mis votos.... Entónces toda la extension de la tierra se acordará del Señor, y se convertirá á él. Todos los pueblos le adorarán, porque del Señor es el reino, y él ha de tener el imperio de las naciones.” ¡Era posible, señores, predecir con mas claridad la ruina de la idolatría y la vocacion de los gentiles al culto del Dios verdadero? Pues sin embargo, aun se aumenta, si es posible, la luz de estas profecías por la de los libros posteriores.

(1) Salmo LXXI, 7, &amp;c.

(2) Salmo XXI, 26, &amp;c.

Trescientos años despues de David describe el mas sublime de los profetas, Isaías, en los términos mas magníficos el reino futuro del Mesías, y se detiene principalmente en el carácter distintivo de este reino; esto es, en la conversion de los gentiles al culto del Dios verdadero (1). „En los últimos dias, dice este profeta, en que se erigirá la casa del Señor, tendrá sus cimientos sobre la cumbre de los altos montes, y se elevará sobre sus collados, y todas las naciones acudirán á él, y vendrán muchos pueblos, y dirán: Ea, subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob; y él nos mostrará sus caminos, y por sus sendas andaremos; que de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor saldrá de Jerusalem.... La arrogancia de los hombres será abatida, y el Señor solo será el ensalzado en aquel dia, y los ídolos todos serán hechos añicos.... En aquel día un renuevo de la raiz de Jessé (padre de David) (2), que está puesto como señal para los pueblos, será invocado de las naciones, y su sepulcro será glorioso.... Purificará (3) á muchas naciones: en su presencia es-

(1) Isaías II, 2, etc.

(2) Isaías XI, 10, etc.

(3) Isaías LII, 15.

„tarán los reyes escuchando con silencio, por-  
 „que aquellos á quienes nada se habia anuncia-  
 „do de él por sus profetas, le creerán, y los que  
 „no habian oido hablar de él, le contempla-  
 „rán.... He aquí que yo voy á presentarle (1)  
 „por testigo de mi verdad á los pueblos, y por  
 „caudillo y por maestro á las naciones; y las  
 „naciones que no te conocian correrán á tí por  
 „amor del Señor Dios tuyo, y del Santo de Is-  
 „rael que te habrá llenado de gloria.... Rego-  
 „cijate, pues, añade el Profeta, ó estéril (1), que  
 „pares: canta himnos de alabanza y de júbilo  
 „tú que no eres fecunda, porque ya son muchos  
 „mas los hijos de la que habia sido desechada  
 „que de aquella que tenia marido. Toma un si-  
 „tio mas espacioso para tus tiendas, y extiende  
 „cuanto puedas las pieles de tus pabellones,  
 „alarga tus cuerdas y afianza mas tus estacas,  
 „porque tú te extenderás á la derecha y á la  
 „izquierda; y tu prole señoreará las naciones, y  
 „poblará las ciudades ahora desiertas.... pues  
 „será tu dueño y esposo aquel Señor que te ha  
 „criado, cuyo nombre es el de Señor de los  
 „ejércitos, y tu Redentor, el Santo de Israel,

[1] Isaias LV, 4. etc.

[2] Isaias LIV, 1, etc.

„será llamado el Dios de toda la tierra.... Ven-  
 „dré (1), dice el Señor, á recoger sus obras y  
 „sus pensamientos, y para reunirlos con todas  
 „las naciones de cualquier pais y lengua, y com-  
 „parecerán delante de mí, y verán mi glo-  
 „ria.... de los que se salvaren, yo enviaré á  
 „las naciones de la otra parte del mar.... á  
 „gentes que jamas han oido hablar de mí, ni  
 „han visto mi gloria, y estos enviados anuncia-  
 „rán á las naciones mi gloria, y traerán todos  
 „vuestros hermanos de todas las naciones, y los  
 „ofrecerán como un presente al Señor.... y de  
 „entre estos escogeré yo para hacerlos sacer-  
 „dotes y levitas, dice el Señor.”

¡Cuántas otras predicciones no ménos deter-  
 minadas podriamos añadir sobre el mismo ob-  
 jeto! Pero vuelvo á preguntaros, señores: ¿era  
 posible poner mas en claro las promesas he-  
 chas á Abraham y á nuestros primeros padres?  
 ¿Era posible esparcir una luz mas viva sobre  
 aquellas palabras tantas veces repetidas á los  
 antiguos patriarcas: *todas las naciones de la tier-  
 ra serán benditas* en aquel que saldrá de vos?  
 ¿No nos obligan la serie y enlacé de todas es-  
 tas profecías á reconocer que muchos siglos

(1) Isaias LXVI, 18, etc.



antes de Jesucristo estaba terminantemente predicho que el conocimiento y culto del verdadero Dios no habian de estar siempre vinculados en el pueblo escogido; y que todos los pueblos del mundo abandonarían algún día sus supersticiones, para adorar al único Dios vivo y verdadero, manifestado por el ministerio de un descendiente de David? ¡Predicción tan notable. cuanto combatía directamente el orgullo y las preocupaciones del pueblo judío, tan celoso naturalmente de sus privilegios, y tan poco dispuesto á partírselos con las naciones extranjeras!

Pero ya es demasiado insistir sobre un punto en que los mismos judíos, nuestros enemigos declarados, convienen con nosotros. Vista ya la promesa de un Mesías claramente anunciado en los libros del Antiguo Testamento, veamos si los caracteres de este personage extraordinario se reúnen en el que adoran los cristianos.

La época de la venida de Jesucristo, la historia de su nacimiento, de su vida y de su muerte, y los prodigiosos efectos que han producido, demuestran hasta la evidencia que Jesus, hijo de María, es el verdadero Mesías anunciado por los antiguos profetas.

Ya hemos visto en la profecía de Jacob, que la época de la venida del Mesías está señalada por dos mutaciones: una respectiva al pueblo judío, y otra á las naciones extranjeras. Según este célebre oráculo debía cesar toda la autoridad en la casa de Judá en los días del Mesías; lo que, según nota Bossuet, *lleva consigo la ruina total de un estado* (1), y á la misma época debía formarse un nuevo reino, compuesto no de un solo pueblo sino de todos, y cuya cabeza y esperanza debía ser el Mesías. Pues bien. ¿Qué es lo que vemos con nuestros mismos ojos? ¿No vemos á la tribu de Judá, así como á toda la estirpe de los judíos, dispersa aquí y allí por toda la superficie del globo, sin estado político, sin forma alguna de nacion, y despojada enteramente de la autoridad que la predicción de Jacob le aseguraba hasta la venida del Mesías? ¿Y en qué época ha perdido esta prerogativa? ¿No la ha perdido en el siglo mismo en que Jesucristo apareció en la tierra? Treinta y seis años antes del nacimiento de Jesucristo sucedió la usurpacion de Heródes, idumeo de origen; y treinta y siete des-

[1] *Disc. sur l'Hist. universelle. II part, c. II à la conclusion.*

pues de la muerte de aquel se verificó la ruina total de Jerusalem, que acabó de quitar á la tribu de Judá no solo su preeminencia, sino tambien su existencia política.... ¿Qué vemos aun en esta misma época? En ella vemos levantarse de repente sobre las ruinas de este imperio otro nuevo reino en el que entran apresuradamente las naciones; un reino que se extiende en breve á toda la tierra, y que adora á Jesucristo como á su divino Soberano. ¿Y quién podrá dudar en vista de esto que Jesucristo no esté verdaderamente designado en la profecía de Jacob? ¿Qué otro personage ha aparecido al mismo tiempo á quien con alguna verosimilitud se pueda dar el título de Mesías?

Pero oigamos la aclaracion que Daniel da á este oráculo de Jacob hácia el fin de la cautividad, es decir, mas de quinientos años ántes de Jesucristo.

Este profeta, reverenciado de los mismos reyes idólatras por su singular prudencia y por sus luces sobrenaturales, ve por diferentes veces la sucesion de cuatro grandes monarquías que deben preceder al reino del Mesías (1), las designa con su carácter propio y con tanta

(1) Dan. II, III, V, VIII.

exactitud, que los mas grandes enemigos de la religion siguiendo á Porfirio (1) no han podido eludir la fuerza de sus predicciones, sino poniendo en duda su autenticidad. Ve primeramente el imperio de los asirios derrocado por el de los medos y los persas; á este ceder bien pronto su puesto al imperio de los griegos, y á todos confundidos por último bajo del dominio de los romanos: ve tambien formarse en el seno mismo de este último imperio un reino de un orden mas excelente al que llama *el reinado del Hijo del hombre, el reinado de los santos del Altísimo, un reino eterno al que todos los pueblos, todas las tribus, todas las lenguas estarán subordinadas* (2).

Ya reconocereis claramente que el Mesías debió venir ántes de la caida del imperio romano; pero ved aun otra cosa mas admirable y terminante.

Estaba ya para espirar el tiempo señalado en los designios de Dios para la cautividad de Babilonia, y Daniel le dirigia los ruegos mas fervorosos por el rescate de sus hermanos, cuan-

[1] *Préface du commentaire de saint Jérôme sur Daniel.*

[2] Daniel II, 44: VII, 13, 14 y 27.

do de repente se eleva á misterios mas altos, y ve una libertad mucho mas importante: ve al género humano redimido de la esclavitud del demonio, y esparcida la bendicion sobre la tierra por el Mesias. Aparécesele el ángel Gabriel y le dice (1): „Se han fijado setenta semanas „(es decir, como pronto veremos, cuatrocientos „y noventa años) para tu pueblo y para tu „santa ciudad, al fin de las cuales se acabará la „prevaricacion y tendrá fin el pecado; y la ini- „quidad quedará borrada, y vendrá la justicia „perdurable, y se cumplirá la vision y la profe- „cía, y será unguido el Santo de los santos. Sá- „bete, pues, y nota atentamente: Desde que sal- „drá la órden para que sea reedificada Jerusa- „len hasta el Cristo príncipe, pasarán siete se- „manas y setenta y dos semanas, y será nue- „vamente edificada la plaza ó ciudad y los mu- „ros en tiempo de angustia: (durante las siete „primeras semanas y despues de setenta y dos „semanas), se quitará la vida al Cristo, y no „será mas suyo el pueblo, el cual le negará, y „un pueblo con su caudillo vendrá y destruirá la „ciudad y el santuario, y su fin será la devasta- „cion, y acabada la guerra quedará establecida

(1) Daniel. IX, 24, etc.

„allí la desolacion, y (el Cristo) afirmará su „alianza en una semana con muchos, y á la mi- „tad de esta semana cesarán las hostias, los sa- „crificios, y estará en el templo la abominacion „de la desolacion, y durará la desolacion hasta „la consumacion y el fin.”

Meditemos, señores, por algunos instantes una prediccion tan exacta, cuyas consecuencias confunden verdaderamente á todos los enemigos de la religion.

Observad en primer lugar que el Cristo anunciado en este oráculo es incontestablemente el Mesias, porque ¿á quién otro podia Daniel llamar por excelencia *el Cristo, el Santo de los santos, en quien se cumplirían las profecias, que destruiria la iniquidad y haria refloreecer sobre la tierra la justicia eterna?* El corto número de judíos modernos que han intentado dar á estas profecias otro objeto, están tambien sobre este punto, como sobre otros muchos, en oposicion manifiesta con las mas antiguas y constantes tradiciones de su nacion (1).

Notad tambien que en el estilo de la Escritura la palabra *semana* se toma unas veces por la semana comun de siete días, y otras por un

(1) Thalmud. Gem. Tract. Sanhed. cap II.